

LA IGLESIA Y LA UNIVERSIDAD

Carlos Guillermo Plaza, S. J.

1.—Origen histórico de las Universidades.

¿Cómo podría la Iglesia quedar al margen de la Universidad, si ésta, como institución, es hechura suya y si las universidades más prestigiosas de Europa y América fueron concebidas y gestadas en su seno?

La sombra protectora de las viejas Catedrales cobijó bajo sus muros los primeros pasos de las universidades europeas.

Con emoción se visita hoy día el oscuro y húmedo recinto que sirvió de cuna a universidades tan famosas como La Sorbona o Bolonia, y que las Catedrales conservan intacto, como preciosa reliquia histórica.

A la Iglesia deben también las universidades su condición de autónomas, privilegio que hoy tan calurosamente se defiende.

Enclavadas en el seno de una sociedad múltiple y feudal, se veían de continuo sometidas a las presiones políticas de reyes, príncipes y

señores feudales, que pretendían convertir a la universidad en instrumento de sus apetencias políticas y personalistas.

Para defender la libertad de pensamiento se acogieron entonces las universidades al alto patrocinio del Romano Pontífice. Dentro del ambiente y mentalidad de la época, la tutela directa de Roma representaba para las universidades la más firme garantía de independencia frente a los abusos del poder local.

A pesar de esta garantía supranacional (algo así como si las actuales universidades del mundo dependieran directamente de la ONU) las universidades fueron víctimas de no pocas ingerencias del poder político, como en la época de Felipe el Hermoso o de Luis XIV.

La autonomía bien entendida y usada contribuyó a la formación de Europa. La cultura occidental europea se fraguó en los monasterios benedictinos y en las universidades autónomas que fundó y defendió la Iglesia.



2.—La Iglesia y la Universidad Colonial.

Pese a la leyenda negra sobre el bajo nivel cultural de la Colonia, historiadores venezolanos de gran prestigio (Caracciolo Parra León, Caracciolo Parra Pérez, etc.) se han encargado de demostrar que, en Hispanoamérica, los Centros Universitarios estaban concebidos según el patrón europeo y que su nivel cultural no desmerecía del alcanzado en el Viejo Continente.

Craso error de perspectiva histórica sería acusar a las universidades coloniales porque no estuvieran montadas al estilo de las actuales. Fueron hijas de su época, aquí y en Europa. Aun carreras como la Medicina (hoy tan solicitada), no pasó de ser una triste cenicienta por la sencilla razón de que los intereses juveniles se centraban en torno a la Teología, a la Filosofía, las Letras, el Derecho Civil y Canónico...

Si aun hoy se lanza contra las universidades actuales la acusación de que no se acompañan al ritmo de desarrollo de la Nación, ¿cómo podríamos con justicia exigir de la Universidad Colonial que se adelantara varios siglos a su época, cuando las ciencias positivas estaban dando todavía sus primeros pasos y no habían sido incorporadas al marco universitario ni siquiera en Europa? ¿Cuando el proceso de industrialización apenas si comenzó en Inglaterra a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX? ¿Cuando se desconocía el concepto de planificación y desarrollo nacional orgánico?

Dentro de su marco histórico, las universidades coloniales cumplieron una misión trascendente. Mantuvieron ellas el fermento de la cultura universal de entonces, en una sociedad como la nuestra, agrícola y patriarcal. En América, como en Europa, enfocaban su reflexión sobre los grandes problemas que afectan directamente al hombre: el sentido de su vida y del cosmos (Filosofía); el conocimiento del Ser Supremo (Teología); el concepto y alcance del Derecho, base de toda sociedad; el cultivo de las Letras; la Astronomía... Era el estilo de la época, fuertemente impregnada de cultura humanística.

Mientras en extensos territorios que hoy forman parte de los Estados Unidos, correteaban los Apaches y los Pieleros, sin más indumentaria que sus vistosos plumajes y sin más cultura que la del hacha guerrera, el arco, la flecha y el caballo veloz, hacía dos siglos que España había esmaltado la superficie de sus colonias con centros universitarios en México, Santo Domingo, Lima... Hacía muchos años que el entonces Obispo de Caracas, Monseñor González de Acuña, había decretado la instrucción primaria obligatoria, adelantándose en dos siglos al decreto de Guzmán Blanco.

Gran parte de esta gloria cultural corresponde a la Iglesia. Numerosas universidades hoy existentes en Hispanoamérica deben su origen a la iniciativa, celo e inteligente acción de la autoridad eclesiástica.

En los albores mismos de Caracas comienzan a funcionar Escuelas de Gramática, Artes, Moral y Teología, como entonces se las llamaba. Más tarde se funda el Colegio-Seminario llamado "Santa Rosa de Santa María", elevado después a la categoría de "Universidad Real y Pontificia". No es otro el origen de nuestra actual Universidad Central de Venezuela, cuyos primeros Rectores fueron preclaros sacerdotes, durante muchos años. Tangible huella de ese origen perduró hasta hace veinte años, ya que, a la cabeza de las Facultades de la Central figuraba la de Teología. Hacia 1945 convalidaron sus títulos en la UCV los últimos Doctores en Teología.

También la Universidad de los Andes brotó del celo de la Iglesia Católica. El Obispo Ramos de Lora funda en 1790 el Seminario que habría de convertirse, en 1806, en la Universidad de Mérida.

Calificar de oscurantistas los largos siglos de la Colonia arguye supina ignorancia de la Historia Universal de la Cultura o, lo que sería peor, terquedad de prejuicios estereotipados o mala voluntad.

3.—La Iglesia de hoy y la Universidad.

¿Cómo podría la Iglesia de hoy

romper con su gloriosa tradición secular y desinteresarse de las universidades, habiendo sido éstas concebidas y gestadas en su seno?

Numerosas Universidades de la Iglesia cubren hoy la superficie de la tierra: lo mismo en Washington que en Beyruth, Tokio o Buenos Aires. Son su timbre de gloria. Son la demostración palmaria de que no existe la decantada oposición entre la razón y la fe.

Son esas Universidades hijas de nuestra época: están a la altura del siglo XX. Por eso, junto al programa de humanismo integral cristiano, incorporan toda la problemática de la época presente y recogen y traducen toda la angustia y expectativa de la humanidad entera. En ellas se enseñan las ciencias positivas, se preparan profesionales, se investiga, se contribuye al desarrollo de la propia nación y del mundo.

Funcionan, además, esas Universidades con la elegante precisión de un centro de alta cultura, al margen de todo desorden; huelgas y motines no interrumpen la sólida formación de sus estudiantes; ondea en ellas el pabellón de la ciencia y la investigación, no el banderín de la agitación provinciana y politiquera. Y todo ello en un ambiente de absoluta libertad de pensamiento y de profundo respeto a la persona humana. Mahometanos y cristianos conviven y fraternizan en Beyruth; budistas y católicos, en Tokio; brahmanes y humildes hindúes, en Calcuta.

Tan profundas diferencias raciales, políticas o religiosas tienen amplia acogida en el seno de las Universidades de la Iglesia y no obstaculizan el normal desenvolvimiento de las actividades universitarias. En ellas existe un punto de convergencia más alto, un ideal capaz de superar las diferencias: la formación científica y profesional, la investigación, el desarrollo nacional...

También en Caracas la Iglesia está presente en el campo universitario.

Además de prestar asistencia humana y espiritual a numerosos estudiantes de la UCV, a través de la Parroquia Universitaria; además de estar representada por fuertes núcleos de profesores y estudiantes católicos, que dan testimonio de

su fe y son fermento de auténtico cristianismo en el seno de la misma, la Iglesia propició, hace catorce años, la fundación de una Universidad Católica.

Vencida la primera oposición y refutadas las objeciones de ciertos espíritus miopes, la Universidad Católica Andrés Bello ha venido desarrollándose, con ritmo siempre creciente, a lo largo de estos años.

La pequeña semilla sembrada en la esquina de Jesuitas se ha convertido, a la vuelta de 14 años, en un hervidero de profesores y estudiantes. Sus cuatro Facultades cuentan en la actualidad con un claustro de 414 profesores y un alumnado de 4.000.

Resultaba ya estrecho el marco primitivo y la UCAB —sin abandonar su primera sede— ha emprendido la construcción de una ciudad universitaria en La Vega-Montalbán. En los edificios ya existentes y que forman parte de un proyecto más amplio, cursan sus estudios unos dos mil alumnos.

La expansión de la UCAB rebasó la ciudad de Caracas. Fue un honor para ella atender al requerimiento del Obispo de San Cristóbal, Monseñor Alejandro Fernández Feo, quien deseaba que funcionase, en la lejana ciudad de San Cristóbal, una extensión universitaria de la UCAB. La unánime y entusiasta acogida que toda la población de los Andes dispensó a esta extensión constituye su mejor credencial.

La UCAB está eficazmente contribuyendo al desarrollo de Venezuela. Sus egresados están haciendo labor de patria y humanismo en los más diversos sectores de la nación: en la cátedra universitaria, en la magistratura, en la industria, en la administración, en colegios y liceos, en clínicas psiquiátricas, en la prensa, radio, televisión...

4.—Aspecto económico.

No está de más aludir al aspecto económico, sobre todo ante aquellos que se muestran especialmente sensibles en este punto.

¿Cómo vive, cómo se desarrolla

la UCAB? ¿Por qué cobra pensiones?

¿Es una Universidad clasista? ¿Por qué no abre sus puertas de par en par e imparte la enseñanza en forma gratuita?

¿Qué más querría la UCAB que poder hacerlo, tal como lo realizan las universidades oficiales!

Pero entre éstas y aquélla existe una diferencia radical en el aspecto económico. Mientras las universidades oficiales nada tienen que preocuparse por recabar recursos financieros para llevar a cabo sus planes de desarrollo, ya que cuentan con pingües presupuestos fijos, que se derivan de su patrimonio o que generosamente les otorga el Estado, la UCAB se enfrenta a la tarea universitaria contando únicamente con el aporte de las pensiones de sus alumnos y con la generosidad de sus bienhechores: personas, fundaciones, instituciones.

Estos recursos no pueden ni remotamente compararse con los que usufructúan graciosamente los centros oficiales.

Ningún apoyo económico recibe la UCAB del Estado, a pesar de que éste no sabe qué hacer con los miles de estudiantes que quedan marginados de las universidades oficiales por falta de cupo.

Muy a su pesar, la UCAB se ve obligada a cobrar pensiones por imperiosa necesidad de subsistencia. Pensiones que, en todo caso, resultan módicas si se las compara con las de ciertos colegios de secundaria y aun de primaria. Módicas pensiones que, combinadas con un sistema de becas para los menos pudientes, no hacen de la UCAB una universidad clasista. De hecho, en ella cursan —máxime en los cursos llamados nocturnos— centenares de estudiantes de condición económica modesta, que se ganan la vida, durante el día, con el sudor de su frente. Ricos y pobres conviven y fraternizan en el seno de la UCAB, sin prejuicios ni discriminaciones. Son, ante todo, estudiantes, alumnos de la misma Alma Mater.

Si la UCAB subsiste y florece se debe al aporte de los alumnos: ellos la sustentan en parte; por eso tal vez la aprecien más que los otros estudiantes a sus centros ofi-

ciales, que nada les cuestan y de los que se creen con derecho a reclamarlo todo, incluso a interferir y obstaculizar su normal desenvolvimiento.

Si la UCAB subsiste y florece se debe a la comprensión y generosidad de un grupo de personas, quienes, apreciando la importancia de la obra, le prestan su más decidida colaboración y apoyo moral y material. Constituyen ellas su Consejo de Fomento. Entre las mismas figuran quienes la han dotado de amplios terrenos para la nueva Ciudad Universitaria; quienes negocian créditos y empréstitos; quienes contribuyen con su aporte personal. Contribuyen, igualmente, fundaciones e instituciones que fomentan determinadas zonas de actividades universitarias, como la investigación económica, social e histórica.

Finalmente, si la UCAB ha logrado subsistir y progresar, se debe a la seriedad misma de su funcionamiento, a la adhesión de sus profesores, a la estricta y escrupulosa administración y a la austeridad de vida de los religiosos que la regentan, cuya sola presencia representa ya de por sí un importante capítulo de ahorro.

¡Ah! Si la UCAB contara con presupuestos remotamente parecidos a los de las universidades oficiales, ¿qué planes de desarrollo no emprendería! Tema que, por su importancia, dejamos para otra ocasión.

Ni está de más recalcar que la UCAB beneficia indirectamente a la economía nacional por cuanto representa un importante capítulo de ahorro anual para el erario público. Este solo hecho bastaría para justificar, ante la opinión de todo verdadero venezolano, la existencia de la UCAB como de cualquier universidad privada.

En efecto: si los 4.000 alumnos que actualmente cursan en ella quisieran ejercer su derecho de tocar a las puertas de las universidades oficiales, ¿cuánto costaría al Estado su formación universitaria?

A la escala del costo anual por alumno de la Universidad Central de Venezuela (5.685 bolívares, como promedio, para 1965), esos 4.000 alumnos representarían una inver-

sión anual para el Estado de 22 millones 740.000 bolívares.

A la escala del costo anual por alumno de la Universidad de Oriente (19.462 bolívares, como promedio, para 1966), 4.000 alumnos significarían una inversión anual de 77.848.000 bolívares.

Multiplíquese esa cantidad anual por el número de años de las diversas carreras (deducido el desgranamiento estudiantil), y se verá la fabulosa suma que ahorra al Estado la UCAB, así como cualquiera otra Universidad privada.

Si una parte siquiera de ese enorme ahorro revirtiera en favor de la UCAB, podría ésta ensanchar su cupo, abaratar las pensiones, acelerar su desarrollo, mejorar sus instalaciones y multiplicar extraordinariamente el número de becados.

Dentro de una política educacional de amplio vuelo y con sentido verdaderamente venezolanista, ¿no ha pensado el Gobierno que muchos de los problemas que hoy confrontan los estudiantes podrían resolverse mediante el apoyo decidido a las universidades privadas? Angustiosos problemas, como los del cupo, ¿no podría solucionarlos

el Gobierno otorgando becas a los estudiantes que les permitan ingresar en universidades privadas o apoyando económicamente a las mismas, de tal manera que puedan ampliar sus posibilidades y acoger en su seno a tanto estudiante resentido y marginado que se ha quedado con su flamante título de bachiller en la mano, que para nada le sirve? Si el Gobierno entregara a las universidades privadas una pequeña parte del fabuloso ahorro que ellas representan para el erario público, estaría dando al problema estudiantil una solución eficaz, elegante y suprapartheidista. Sería la demostración más palmaria de que busca sinceramente el verdadero bien de Venezuela y de todos los venezolanos, sin distinciones de ninguna clase. ¿No son las universidades instituciones de bien público? Y ¿no es deber de todo gobierno responsable fomentar el máximo bien público de la comunidad por los medios más eficaces?

Entretanto, la UCAB prosigue su difícil labor: con recursos limitados, es cierto, pero con absoluta seriedad y responsabilidad; con esfuerzo y sacrificio, pero con mística y entusiasmo. Seguirá siendo fundamentalmente una Casa de

Estudios. Una institución de alta cultura. Una fragua de la Patria.

Aspiración suya es contribuir al desarrollo de Venezuela y a la integración de América Latina. Por eso proyecta —dentro de la limitación de sus recursos— abrir nuevas carreras que exija la Nación; emprender nuevos rumbos, al compás del desarrollo; preparar técnicos de nivel medio y alto que sean capaces de cumplir un plan nacional de desarrollo, orgánico y progresivo.

¡Desengañémonos a tiempo! Sería utópico trazar vistosos planes si faltan hombres capacitados y responsables que los ejecuten.

El desarrollo de una nación consiste, fundamentalmente, en el desarrollo de la riqueza humana que la integra.

Por eso, el futuro de la Patria se fragua, en gran parte, en la Universidad. Sin Universidad no hay hombres capacitados; y sin hombres capacitados no hay desarrollo.

La UCAB seguirá, entretanto, reafirmando su fe inquebrantable en la mayor riqueza que posee Venezuela, su auténtico oro vivo: la Juventud.

